

MARIO ESCOBAR

EN EL NOMBRE
DEL HIJO



La esperada continuación de *En el nombre del Padre*.

¿Pensabas que todo había acabado?

Priscila, una joven criminóloga en paro, tiene una abuela muy especial. Librada, una mujer con una fuerte ideología de izquierdas está cansada de la hipocresía de su ciudad, Oviedo. Sin saberlo envolverá a su nieta en un caso que casi le cuesta la vida, pero que permitirá a Priscila cortar con su novio y dedicarse a investigar.

Tras la investigación sobre la desaparición de Sor Inés y los turbios casos de pederastia del Principado de Asturias, ahora abuela y nieta, buscarán el oscuro pasado del mundo del carbón, el sindicalismo y la reconversión industrial. Una amiga de la infancia de Librada le pide que investigue la muerte de su marido durante la transición. Su esposo Nicolás era un activo sindicalista minero de la zona de Cangas de Narcea.

Nieta y abuela intentarán descubrir quién está detrás de la muerte del líder sindical, aunque para ello tengan que poner patas arriba a los poderes públicos de Asturias.

A los trabajadores sobre cuyas espaldas se
construye el futuro de los países, aunque jamás
nadie los recuerde cuando hayan muerto.

PRIMERA PARTE CIUDAD

1. La agencia

Ser famosa en una ciudad de provincias puede convertirse en una maldición. El caso del obispo asesino y pederasta salió en todos los periódicos de la ciudad de Oviedo y del Principado de Asturias. Las tertulias mañaneras no hablaban de otra cosa, hasta la televisión autonómica, normalmente dedicada al folclore local y las comidas típicas de la provincia no dejaban de hablar de ello. Priscila al principio se sintió halagada: siempre había deseado destacar en una ciudad tan elitista y vetusta, la gente la paraba por la calle y le pedía autógrafos; algunos horteras se hacían selfis con ella. Es cierto que el grupo de señoras beatas de toda la vida la odiaban a muerte y que la Iglesia había estado a punto de excomulgarla, pero la mayoría la adoraban. El problema era que ya no podía ir a la librería Central sin que alguien se pusiera a hablar con ella o a cuchichear a sus espaldas. La dueña de la librería, Asunta de Lievana, que jamás la había hecho caso, varias veces la había invitado a subir al despacho que tenía en el último piso. Su sobrino y heredero, un joven tontorrón entrado en carnes al que lo único que le importaba era el fútbol, se pasaba el rato mirándole las piernas, mientras la librera le servía un té con pastas.

—¿No has pensado en escribir un libro, corazón? —le preguntó la librera. Una versión minúscula de la Pantoja, versión intelectual.

—La verdad es que no imagino que eso le correspondiera a un escritor. Yo soy criminóloga.

—Vicente Garrido también lo es y Ricardo Magaz —contestó la librera.

—No me veo, me conformo con mi pequeña agencia de investigación privada.

La librera con su coleta apretada chasqueó la lengua, como si su clienta no le estuviera entendiendo.

—Aquí no pasa nunca nada, hija mía. Madrid es otra cosa, ya sabes: espionaje industrial, terrorismo, partidos extremistas, millonarios asesinos. Aquí lo único que pasa cada año es que la gente deja el Principado y se marcha a vivir a Barcelona, Bilbao o Madrid. A este paso tendré que cerrar la tienda. Lo siento por el pobre Tomasín. ¿Sabes que está soltero y entero? Su última novia se marchó con un italiano que había venido a lo de los premios Princesa de Asturias.

—No quiero más novios por ahora, lo dejé hace poco con el mío. Mi madre me lo reprocha todos los días, a pesar de que eran de partidos diferentes. Te tengo que dejar, tengo que pasar por casa de mi abuela.

—Saluda a Librada, era una buena cliente hace años, ahora la pobre no lee mucho.

—Sí, pero lo hace en un Kindle.

—¡No me jodas, hasta las abuelas leen los malditos libros electrónicos! ¿Dónde vamos a parar? Y yo que decía, hace unos años, que la gente no dejaría la magia de poder oler un libro y pasearse por las estanterías de una buena librería. La Central la heredé de mi padre, ¡aquellos sí que eran buenos tiempos!

Priscila logró escapar de la librería a tiempo, llevaba una bolsita de papel con dos nuevas adquisiciones: una novela de Juan Gómez-Jurado, un escritor de *thriller* que le gustaba mucho. Se lo había recomendado una amiga escritora que se llamaba Antonia, que siempre decía que Juan había nacido con una flor pegada al culo. El otro era Joël Dicker, un guaperas suizo que escribía novelas que mezclaban literatura y suspense.

Llegó a los pocos minutos a la casa de la abuela, el portal seguía tan desvencijado como siempre. Parecía un edificio en ruinas, con muy pocos vecinos y apuntalado por todas partes. Su abuela llevaba muchos años pagando una

renta antigua y no quería salir del que había sido su hogar ni con agua hirviendo.

Abrió la puerta con sus llaves. Desde hacía unas semanas tenía la sede de su agencia allí, aunque se temía que eso podría espantar a sus clientes en vez de animarlos a solicitar sus servicios. Hasta ahora había tenido únicamente un triste caso de robo de dinero por parte de un empleado en Mercadona. Eso no pagaba las facturas, pero tenía el presentimiento de que las cosas iban a cambiar. Dejó el paraguas en el paragüero, llevaba varios días lloviendo, después se acercó sigilosa al salón, pero su abuela la oyó llegar.

—Eres tan sigilosa como un elefante en una cacharrería. Pensé que los detectives tenían que ser discretos.

—Eso es en las series americanas. Somos simples investigadores privados, hacemos el trabajo que no hace la policía o el que a la gente le da vergüenza denunciar. Ya sabes, cosas de cuernos, timos, engaños, espionaje a una empresa, pequeños robos, vigilancia a una hija.

—Pensaba que aspirarías a algo más, ahora que has dejado al pelanas de tu novio y quieres quedarte en Oviedo.

Priscila se sentó frente a su abuela en un sillón que había tenido épocas mejores, el escay estaba muy desgastado, parecía la piel de un elefante milenario.

La chica dio un largo suspiro, aún no se había atrevido a contar a su abuela que le quedaban meses de vida, no encontraba el momento adecuado para sacar el tema. Las últimas semanas habían sido una locura. Además de las entrevistas y su intento de poder campear con el repentino éxito, había solicitado el permiso para ejercer como detective, dado de alta otra línea de móvil, acondicionar uno de los cuartos de la casa de su abuela y poner varios anuncios en internet, además de hacer una página con wordpress. Por no hablar de los trámites burocráticos de Hacienda y la Seguridad Social. Priscila sabía que en España era más fácil

salir de la cárcel indultado por el gobierno de turno que fundar una empresa.

—Aspirar, aspiro a más. Otra cosa es que en Oviedo pasen cosas interesantes.

Librada miró a su nieta con una mezcla de preocupación y orgullo. En el fondo era todo lo que ella no había podido ser. En su época a lo único que podía aspirar una mujer era a ser madre y esposa. Ella había disfrutado siendo lo primero, lo segundo no tanto.

—¿Cómo anda tu madre?

—¿Otra vez estáis igual? Pensé que, tras la comida familiar y tu ingreso en el hospital, las cosas habían cambiado.

—Ya sabes cómo es. Una desclasada, ahora que su marido está en campaña, se avergüenza de su madre roja.

Priscila siempre intentaba mediar entre las dos mujeres, ella era menos conservadora que su madre, pero no llegaba al perfil libertario de la abuela.

En ese momento sonó el teléfono y Priscila miró la pantalla. Era el del trabajo y ponía número oculto. No había pensado que la mayoría de sus clientes intentaría pasar desapercibido y quedar en el anonimato.

—Sí, dígame.

—¿Es Priscila Martínez, la agencia de investigación El Norte?

—Sí —volvió a confirmar la mujer.

—Soy Marcelino Añibarro, no sé si conoce el caso de mi mujer.

Priscila intentó recordar el caso, pyes le sonaba vagamente.

—Es mejor que hablemos en persona. ¿No le parece?

—Claro.

—¿La dirección de la web es correcta?

—Sí, pero mejor podemos vernos en la cafetería Palacio de Tristán.

—Demasiado concurrida —dijo el hombre algo desconfiado.

—Pues en Grados, no hay tanta gente. ¿Le parece bien?

—Perfecto, nos vemos en media hora.

El hombre colgó el teléfono y ella se quedó pensativa.

—¿Quién era? —le preguntó impaciente la abuela.

—Un cliente.

—Esos son buenas noticias.

—Te suena algún caso de una mujer llamada Añibarro, esposa de Marcelino Añibarro.

Librada se puso en pie y conectó su tablet.

—A veces pienso que has estado todos estos años en Babia. Era la mujer de un empresario que encontraron muerta en una urbanización de lujo a las afueras de Oviedo. Monte Alto creo que se llama.

Priscila miró las noticias de la Tablet.

Ana María de Añibarro, la esposa del famoso empresario, aparece muerta en su casa.

2. La esposa

Oviedo, otoño de 1951

La cafetería se encontraba casi desierta; la mayoría de la gente estaba en aquel momento cenando en casa o en algunos de los restaurantes más de moda de la ciudad. El único cliente sentado en una mesa retirada y discreta era un hombre con barba, vestido con traje y corbata, bastante grueso y rondando los sesenta años. Priscila se acercó y ambos se presentaron.

—Muchas gracias por acudir tan pronto.

—Es mi trabajo —contestó Priscila.

Una camarera le preguntó si quería tomar algo y ella pidió una infusión de menta poleo, se sentía algo destemplada y pensó que algo caliente le sentaría bien.

—Entonces, señorita Martínez, no ha oído hablar de mi caso.

—Lo lamento mucho. En cambio, mi socia sí lo conocía. El hombre sonrió.

—Su socia es su abuela. ¿Cómo se llamaba? ¿Liberada?

—No, es Librada, sus padres quisieron ponerle Libertad en el registro civil, pero un funcionario franquista no se lo permitió.

—Esas cosas únicamente pasaban en este país.

—¿Pasaban? A mí me quisieron llamar Elisabeth y el del registro civil de Oviedo dijo que ni hablar, que ese no era un nombre español y además lo había llevado una reina hebreje.

—Bueno, algunas cosas no cambian. El caso es que mi mujer falleció hace un año en nuestra casa. Vivimos en una urbanización a las afueras, casas grandes, protegidas por un perímetro de seguridad, vigilancia. Todos pensábamos

que era un lugar seguro, pero al parecer no lo era. Mi esposa Ana María sufrió un accidente un domingo por la tarde, mientras yo estaba en casa de su hermana Leonor, que vive cerca. Cuando la encontramos media hora más tarde después de dejarla, aún vivía, creíamos que se había escurrido en la bañera y se había golpeado en la cabeza, pero no fue así.

Priscila comenzó a tomar nota de todo lo que le contaba el hombre.

—No sé si ha oído hablar de mí, pero en los últimos años he recibido algunos galardones otorgados por el Principado de Asturias y la ciudad de Oviedo, al mejor empresario del año. Mi esposa Ana María era psicóloga y llevó durante mucho tiempo un programa de televisión en Asturias, la TPA7.

—Creo que lo he visto alguna vez —comentó Priscila.

—Era sobre sexualidad, llevaba muchos años en antena, fue el primero en tratar el tema, antes incluso que la doctora Ochoa. Usted es muy joven para recordarlo, pero aquel programa levantó mucha polémica. Ana María se había especializado en sexología, tenía una consulta en el centro y todo el mundo la conocía. También había recibido amenazas desde las redes, sobre todo de grupos ultraconservadores y algunos locos, que se habían obsesionado con ella. Le he traído una foto de mi esposa.

—El hombre la dejó sobre la mesa con delicadeza y sus ojos se humedecieron.

—Aún me cuesta creer que ya no esté.

Priscila tomó la imagen y miró a la mujer rubia, de ojos claros, pómulos salientes y nariz respingona. Era muy guapa, lo que contrastaba aún más con el aspecto del marido.

—No entiendo bien qué es lo que quiere de mí. Pensaba que la muerte de su esposa fue un accidente.

El hombre se tapó la cara con las manos, como si no quisiera tener que volver a recordar.

—Eso es lo que todos imaginamos al principio, cuando entré en la casa y la vi en el baño, con la cara cubierta de sangre. Llamé a su hermana porque ella es médico, vino corriendo desde su casa. Al llegar comprobó que había muerto, había perdido mucha sangre. Entonces llamamos a la ambulancia y a un médico amigo nuestro. Llegaron enseguida y dictaminaron que había muerto por un golpe en la cabeza. Se llevaron el cuerpo y al día siguiente la enterramos.

—¿No le hicieron la autopsia?

—No, había sido un accidente, simplemente la enterramos e intentamos que los medios de comunicación no metieran sus narices en el asunto. Mi mujer levantaba mucho morbo y, en seguida, comenzó a especularse con un amante, dijeron que yo la había matado por celos y esas locuras.

Priscila no terminaba de comprender el caso, lo desconocía por completo, aunque sí le sonaba que había leído algo sobre amantes, asesinatos pasionales y ese tipo de cosas en la prensa rosa.

—¿Qué sucedió después?

—Un juez pidió que se exhumara el cadáver. Todos nos quedamos muy sorprendidos, al parecer alguien había denunciado que se trataba de un asesinato. Nos opusimos durante varios meses, queríamos que Ana María descansase en paz. Al final desenterraron el cuerpo y al hacer la autopsia descubrieron que tenía tres balas en la cabeza.

La mujer abrió la boca sorprendida. ¿Cómo podía pasársele por alto algo así a un médico? Se preguntó, mientras tomaba un poco de su bebida.

—No encontraron el arma, a pesar de buscarla por la zona, por los casquillos sacaron que era una pistola antigua de calibre 22 corto, por lo que se pensó que se trataba de un arma de tiro, para competir y no una pistola para matar.

—Calibre 22 corto rara vez mata a los heridos.

—Claro, señorita, pero si te disparan a la cabeza, por detrás, a una corta distancia, es mortal, se lo aseguro.

—¿Esperaba su mujer a alguien aquella tarde?

—No, simplemente nos comentó que estaba cansada y que se pensaba dar un baño, leer un poco y hacer algo para cenar.

—¿Había recibido amenazas antes?

El hombre dejó el teléfono de la esposa sobre la mesa.

—Le comenté a la policía que no sabía dónde estaba el móvil de Ana María y, era verdad, pero lo descubrí hace unos días en el bolsillo de una chaqueta. Aquel día debió dejárselo en ella y por eso no lo encontramos. Ahora me acusan de asesinato, aunque el fiscal no tiene pruebas. Necesito que descubra la verdad. En el teléfono he encontrado varios mensajes amenazantes. Tal vez, si da con quien los envió encuentre al asesino de mi mujer.

En cuanto Marcelino Añibarro terminó la frase, comenzó a llorar. Parecía un hombre agotado, que no había superado la muerte de su esposa y que ya no tenía fuerzas para seguir adelante.

—Le pagaré lo que sea, pero necesito que descubra la verdad.

Priscila le tocó la mano y le contestó:

—Haré todo lo posible, mañana mismo me pondré con ello y le mandaré la minuta para los gastos del caso. ¿Puedo llevarme el teléfono?

—Sí, claro, por eso lo he traído.

—Lo examinaré, pero después debería dárselo a la policía, esto es una prueba pericial —dijo meneando el teléfono de lujo.

—No quiero que la policía se meta en este asunto. Cuando sepa algo, necesito que me informe a mí y a nadie más. ¿Lo ha entendido?

Priscila afirmó con la cabeza, después apuró la bebida y el hombre pagó la cuenta. Había conseguido un buen caso, la buena suerte le sonría de nuevo. Un caso tan mediático atraería a nuevos clientes y podría pagar las facturas durante unos meses.

Los dos se despidieron en la puerta; justo en ese momento sonó el teléfono, era su exnovio. Llevaba varios días llamándola sin parar. Dudó por unos instantes, pero al final descolgó. Apenas había comenzado a escuchar la voz del ex cuando se arrepintió de haber contestado.

En lugar de dirigirse hacia su apartamento, giró a la derecha en dirección al ático de su exnovio. La lluvia arreciaba de nuevo. El tiempo estaba empeorando. Pensó en lo a gusto que estaría después de darse una ducha, ponerse un pijama cómodo, prepararse una ensalada y sentarse a ver una serie de Netflix, una de las ventajas de estar sola, hacer lo que le daba la gana. Se paró enfrente de la puerta y se lo pensó antes de apretar el botón, cuando su dedo accionó el interruptor, supo que ya no había vuelta atrás.

3. Amiga del alma

Estaba quedándose dormida cuando escuchó el teléfono y dio un respingo. Le extrañó que fuera el teléfono fijo, ya casi nadie llamaba a esos números, únicamente las teleoperadoras que te ofrecían cambiarte de compañía. Librada había cambiado tres veces en el último año, hasta que su nieta le había prohibido volver a hacerlo, para no quedarse de nuevo incomunicada, pero por la hora le extrañaba que fuera algo de ese tipo. Miró el teléfono reflejado en la pantallita, era de Asturias, pero no le sonaba de nada. El viejo inalámbrico era una reliquia del pasado, un regalo de una vieja amiga que se había trasladado de joven a vivir a Venezuela y que siempre le traía regalos.

—Dígame.

—Librada, ¿eres tú?

—¿Quién más podría ser si está llamando a mi teléfono?

—Soy Asun, ¿te acuerdas de mí?

De inmediato vio en su mente a una mujer delgada, pelirroja, con el cuerpo lleno de pecas y los ojos negros. Era como si un fantasma se le apareciera en plena noche.

—¡Dios mío! Eres Asunción, de Mieres.

—La misma, Librada.

—¿Cómo estás? Llevábamos años sin hablar, sobre todo cuando te fuiste a la residencia.

—Tú sigues viviendo en el mismo sitio, por lo que veo.

—Sí, ya sabes, antes muerta que en una residencia de monjas o del Principado, me da igual.

—Te vi en las noticias, bueno a tu nieta, y lo que descubristeis de la monja desaparecida, recuerdo cuantas veces me habías hablado de ella.

Librada sonrió, aquella voz era como una suave brisa de la juventud que le hizo recordar los días felices, en los que